

es llegado, y que le place de principio á adorar á Dios en espíritu, y verdad; le hace ver que las aguas todas de la tierra no son capaces de estancar su sed; le explica las admirables calidades de esta agua que le ofrece, al mismo tiempo, que la hace fluir en su corazón. Esta agua viva, y vivificante, como la llama San Cyrilo, penetra su alma, se entaña en sus potencias, apaga sus terrestres inclinaciones, embebe las pasiones, ahoga las idéas del figlo, purifica sus deseos, y le hace anhelar por los bienes espirituales: esto es hecho. Los nublados se disipan, las dificultades se desvanecen, las oposiciones se deshacen, su corazón se rinde: veisla yá docil, fácil, dispuesta á seguir la voz que la llama, vuestra gracia triunfa, Dios mio.

Quándo triunfará tambien en vosotros, amados oyentes míos? No dexo de entender, como el corazón humano podrá por su protervia, y malicia, hacerse fuerte, como del corazón del impío, dice Job, contra el Omnipotente, si manda con imperio: *Et contra Omnipotentem roboratus es.* Pero lo que no aca-

bo

bo de entender es, como el corazón humano, de suyo flexible, y amoroso, puede resistirse á la bondad, y suavidad de Dios, quando como Padre de las misericordias le solicita. De qué materia somos formados? Hemos mudado naturaleza? Es de piedra, ó de bronce nuestro corazón? Solo para Dios hemos de carecer de afición, y de ternura? Pero sin detenernos mas, adelantemos, y veamos en pocos terminos, qual es la suavidad victoriosa de la gracia, que coopera. Esta es la materia de la segunda Parte.

SEGUNDA PARTE.

DIOS hace que el hombre quiera, dice San Agustín. Este es efecto de la gracia preveniente: *Ut velimus operatur.* Una vez que el hombre quiere, Dios obra con él, para que así obre por sí el hombre; este es el efecto de la gracia cooperante: *Cam autem volumus, ut perficiamus nobis cooperatur.* Veis á dos voluntades, que deben concurrir, y caminar á una, para la reconciliación

Tom. I.

Ej

del

del pecador, la de Dios que llama graciosamente, la del pecador, que voluntariamente responde, la de Dios que ayuda misericordiosamente, la del pecador que ayudado obra fielmente: *Non gratia Dei sola, neque ipse solus, sed gratia Dei cum illo.* Añade San Agustín, exponiendo las palabras de San Pablo.

Los Pelagianos rechazaban la primera de estas voluntades, como que agraviasse al hombre; y los Protestantes cercenan la segunda, como que agravie á Dios; aquellos negando el propio, y unico socorro sobrenatural, roban á Dios su dominio, y su calidad esencial de principio, y de causa primera de motor universal, y nos representan al hombre sobre sí, independiente, sobrado de fuerzas, suficiente por sí, y autor de su salud; estos con un error contrario, negando la acción libre de la criatura, abatiendo demafiado al hombre, le transforman en un fantasma, destruyen su esencia; y en lugar de darnos en Dios un amo, nos forman un tyrano. Dos escollos, entre los que es menester navegar, figuiendo el medio que nos mues-

tra nuestro norte, y guía, que es la Iglesia, quando nos declara por los labios del gran Doctór de la Gracia, que la conversion del pecador es á un tiempo dádiva de la voluntad de Dios, y correspondencia de la humana voluntad: *Ut intelligamus simul hoc esse divini muneris, & propriae voluntatis.*

Mas cómo viene á ser esto, que las dos voluntades se unen? Bolvamos sobre lo que nos dice el Evangelio, y veremos que por medio de la suavidad de la gracia cooperante, que obra á un tiempo con la Samaritana, Dios se hace enteramente Dueño de su corazón. Porque esta gracia se atempera á su flaqueza, la hace caminar passo á passo, la eleva de escalón en escalón, y la conduce sin sentir, pero sin falta, hasta llegar á una conversion, y mudanza perfecta. Así S. Juan nos representa esta pecadora, primero pidiendo, despues confessando sus pecados, creyendo en Jesu-Christo, y dexando sus pecados, y en fin reparando el daño de sus escandalos. No es este el orden, y progreso ordinario, por donde se llega á una verdadera con-

version? Tocaré, pero de passo, toda la serie.

Ella dá principio pidiendo. Ansiosa del bien que el Salvador le ofrece, y del que él mismo le infunde una alta idea, dame dice, Señor, de esta agua que me prometes: *Domine, da mihi hanc aquam.* Se le havia pedido, para que ella pidieffe, y sin pensar hace la misma peticion, que el Señor antes le havia hecho. Mas que principios tan debiles, y tan imperfectos de su parte! Mas ay! Ni aun sabe lo mismo que está pidiendo, si lo entendieffe bien, quizá no lo pediria; ella habla de una agua visible, y natural, y de lo que se tratava era de una agua invisible, y espiritual; ella pide por motivos los mas groseros, por librarse de los incomodos de la sed, y del trabajo de venir al pozo: *Ut non sitiam, neque veniam huc haurire.* No importa, yá se dió un passo, al fin esto es algo. Un amo impetuoso, y violento no se hallaria bien con tanta lentitud, y querria llegar al cabo, desde el primer arranque de la carrera. Así sucede, que un Ministro, un zeloso demasiado ardiente, dan-

do

do prisa inconsideradamente á una alma, y queriendo que corra, quando apenas se sabe sostener, y donde como un niño, hace la prueba de si puede assentar el pie, la hace caer, la precipita, y por querer ganarlo todo de un golpe, suele perderlo todo. Pero la gracia de Dios, dice San Chrysostomo, no vá tan de prisa, se mide por su sugeto, debil con los debiles, tartamudeando con los chiquitos, dandoles á mamar, quando vé que no saben mascar; sin precipitar las materias, los conforta poco á poco, les enseña á andar, les defanuda la lengua, les ayuda á formar las primeras palabras, tassa las instrucciones, de manera que no se fatiguen, les hace dar quatro passos, y se detiene para darle lugar de que respiren: *Mulieris animum pollicitationibus erigens ad huc sensibilibus, quoniam illa non dum spiritualia capere poterat.*

Dios infunde deseos al corazon: infunde en la boca oraciones, cuyas resultas no se saben, y las que Dios despacha favorablemente, aun mas allá del deseo. El pecador pide entonces, como un Agustín, lo que

te-

teme conseguir, y lo que aun no quisiera se le diese. Señor, apartadme del mundo, sacadme de esta ocasion, alexad de mi aquella persona, ahogad esta voráz inclinacion, dadme á conocer vuestra santa voluntad, ablandad la dureza de esta mi alma, dadme lagrimas de compuncion para llorar mis maldades: *Domine, da mihi banc aquam.* Piensa si en su conversion la desea, la pide; pero hasta aqui, él ni piensa, ni desea, ni pide su conversion, sino por motivos imperfectos. Porque se cansa de las pesadumbres, que trae consigo aquella secreta comunicacion: porque siente en lo vivo la deslealtad, la traycion que le han hecho: porque la conciencia con sus remordimientos le atormenta: porque le abrumba el peso de sus desordenes, y no puede sufrir la vista de cosas tan feas, y abominables: porque la memoria de la muerte le dá golpe, le horroriza el juicio de Dios, el fuego eterno: porque la bondad de Dios, y la hermosura de la virtud le tocan, le alhagan el corazon: porque ya le fastidia, y le da en rostro el siglo, cuyos bie-

nes todos ve que no bastan, estos motivos son interesantes, son menester motivos puros, motivos como de Dios. Pero dice el Concilio de Trento, son motivos buenos, y aunque naturales, abren camino á motivos mas relebantes, mas sublimes, mas aquilardados. El Señor, por entonces, se contenta. Lo que al juicio del herege, es pecaminoso, y condemnable, le basta; no pide que un principiante al primer passo execute acciones heroycas.

Segundo efecto de la gracia cooperante. La Samaritana confiesa sus iniquidades. Pero con qué arte, con qué maña Jesu Christo saca de su pecho esta declaracion, que de ordinario cuesta tanto: La sorprende para decirlo assi, y casi sin advertirlo ella; él mismo le da hecha la confesion, para quitarle la dificultad, y el trabajo de hacerla. Le trae secretamente à la memoria, en terminos difrazados, su desorden; por ahorrarle la verguenza, y la confusion, le manifiesta su pecado; pero sin alteracion, sin reprehension, sin agrura, y aun alabandola, como de passo

de su sinceridad. Quién podría resistirse á modos, y maneras tan obligantes? Aprendamos Sacerdotes, Ministros consagrados á el Tribunal, ó la penitencia, aprendamos de nuestro Amo, lo que debemos practicar en semejantes ocasiones, y no pretendamos saber mas, ni tener mas zelo que él.

Anda, dixo el Hijo de Dios á la Samaritana, traeme aquí á tu marido: respondiéndole ella que no lo tenia, es verdad, replicó el Salvador, habeis dicho bien, en decir que no lo tienes; porque cinco son los que has tenido, y el que de presente tienes no es tu marido legitimo: *Bene dixisti*. Qué le queda que hacer á esta pecadora, sino es entrar dentro de sí misma, y responder con humildad: cierto, esse es mi miserable estado; no puedo negarlo. Vos, Señor, veis en lo secreto de mi corazon mi vida toda, y yo misma veo, que sois Profeta: *Video quia Propheta es tu*.

De la misma suerte, y con el mismo secreto, dice el Profeta Job, el Dios de la bondad arranca cada dia de tantas almas la declaracion de ciertas caídas vergonzosas, que
se

se tenia pensamiento de callar eternamente; mas presto se escogeria el morir, que revelarlas: *Obstinante manu ejus, & eductus est cor, liber tortuosus*. Yá hace que un pecador dé en manos de un hombre ilustrado, experimentado; que sondeando el interior embarazado de su penitente, vá descubriendo la llaga solapada, que le mata, y sin darle lugar de caer en la cuenta, con mano diestra, y saludable le dá la vida. Otras veces prosiguiendo al reo con un rigor misericórdioso, le representa sus descarríos, con unos colores tan vivos, le hace reconocer la enormidad de sus crímenes, con un modo tan recio, que destrózado secretamente sale como fuera de sí, y viene á terminos de hacerle insoportable el peso que trae sobre sí. Lo que en otro tiempo sería para él un tormento, viene á ser para él un desahogo, un manantial de consolacion. A veces le dá unas grandes ideas del Sacramento, del Ministerio, y del Ministrole, inspita un caudór; una confianza, un desahogo, una facilidad en explicarse, que él mismo no acababa de admitir. Este corazon cerrado, y oprimido

mido se halla sin saber cómo, en lo ancho, y él mismo se desembuelve. Esta lengua ligada, esta boca cerrada, y recobran su libre movimiento, el demonio mudo se desaparece. No es á el hombre, es Jesu-Christo á quien habla, á quien oye, á quien cuenta sus miserias, como un hijo á su Padre, á quien expone sus males, como un enfermo á su Medico, y llora á sus pies con una amargura que consueta.

Tercer efecto de la gracia cooperante. La Samaritana cree en Jesu-Christo. A tal termino conduce el Salvador á esta Muger, que solo falta una palabra, para que descubra claramente quién es este Profeta con quien habla. Sabemos, dice ella, que el Mesias debe bien presto padecer en el mundo. Quando viniere, nos enseñará todas las cosas: *Cum venerit nobis annuntiabit omnia.* Venturo la pecadora á quien se revela una verdad, que es incognita á tantas personas! Veslo aqui, le responde el Hijo de Dios; veslo aqui, el Mesias que esperais, yo soy el mismo que te hablo: *Ego sum qui loquor tecum.* O palabra

omnipotente! Qué rayos, qué resplandores no esparcen estas dos palabras en un entendimiento! Y qué bueltra no hacen dár á una voluntad! *Ego sum.* A esta declaracion la Samaritana no responde, sino con un profundo silencio.

Veis á Christianos oyentes, las felices circunstancias, en que la multitud de conceptos, que se presentan al entendimiento, y la viveza de los afectos, que se mueven en la voluntad, ahogan la voz, ciebran la boca, y hacen enmudecer. No hay terminos en lo humano, que puedan expresar lo que entonces se siente. La lengua calla, pero el corazon herido, y movido se hace bien oír: *Ego sum.* Este es él, sí, este es el mismo, no cabe duda; lo que passa en mi interior me lo dice. Solo su presencia es capaz de obrar lo que yo experimento. Como no he caído en la cuenta mas presto? *Ego sum.* Vos sois sin falta mi Dios, que me buscais, y á quien yo hallo; os bolveis á mí, y yo estoy cerca de Vos. Osso hablaros, y os dignais de respondetme; Con qué ojos me mirais, y con

no puedo yo misma mantenerme á vuestra vista? *Ego sum*. Quan grande ha sido mi ceguedad! Es posible, que haya podido yo vivir tanto tiempo apartada de Vos, y en vuestra enemistad! Qué sería de mí, si no me huviesse favorecido con esta tu mano auxiliadora! Vuestra bondad, Padre de las misericordias, ha ido en mi seguimiento, y no ha querido consentir en que me pierda. Esta bondad es el motivo mas urgente de mi dolor, y de mi reconocimiento. Desde este momento, hago eterno divorcio con el pecado, digo á Dios para siempre al mundo: os juro una fidelidad inviolable; dichosa seré sobremanera, y por medio de mis continuos seruycios, puedo recompensar en algo mis ingratiudes passadas, y hacer olvidar las penosas ansias, que he causado á vuestro sagrado corazón. *no.*

Tales son, Christianos oyentes, los últimos efectos de la gracia cóoperante. Porque la Samaritana ha renunciado ya á todos sus malos hábitos, no piensa mas, que en remediar sus perniciosos escándalos. Podia ella ha-

cer otra cosa, pregunta San Agustin, después de haver recibido à Jesu-Christo en el hospicio de su corazón, que abandonar todo lo demás, como inutil, y vano? Dexa el pozo, dexa la cántara, olvida su sed. Para ella son como si no fueran los menesteres de su cuerpo, se acabaron los deseos terrenos, yá no hay pasiones humanas. Todo se anegó, se ahogó, lo abismó toda la gracia santificante, que inunda su corazón: *Reliquit bidriam suam*. Llena de un bien, cuya propiedad es comunicarse, abrazada de un fuego, que no cabe en su pecho, de pecadora transformada en Apostola, dice Origenes, dexa al Salvador por el Salvador, corre á la Ciudad, venid Ciudadanos grita, venid á oír la relación de las misericordias de Dios, que yo misma he experimentado; venid á participar del thesoro, que por gran dicha mia he hallado; venid, vereis un hombre, que me ha dicho todo quanto en mi vida he hecho: *Venite, & videte hominem, qui dixit mihi omnia quaecumque feci*. El es Christó? No hay duda, es el Mesías el Salvador del Mundo; en oyen-

dolo, no os quedará duda, Bien sabeis mi vida pecadora, él me ha hecho relacion por menor de toda ella. Horror tengo de mí misma, detesto mis desordenes; y despues de haver ocasionado la ruina de tantas almas, qué puedo menos, que contribuir á vuestra salud? Venid, digo otra vez, daos prisa, aprovecháros de la buena ocasion, que tenéis á la mano: *Venite, & videte hominem.*

El Santo Entusiasmo, que la saca de sí lo encendido de su rostro, lo copioso de sus lagrimas, la viveza de sus expresiones, la verdad que se exhala, y se explica por sus labios, entra la persuasion, y el convencimiento dentro de los corazones de los que la oyen. La oyen con admiracion, la siguen con prisa. Buelve á su Maestro Divino, y le presenta las primicias de su zelo en los Samaritanos que lleva consigo: complices en sus delitos forma penitentes, y con una satisfaccion superabundante borra la memoria de sus escandalos: *Multi crediderunt in eum propter testimonium mulieris.*

Veis al Christianos oyentes, un alma

ob

con-

convertida, y por ella convertidas otras muchas. Quando llegará el caso de que imitemos este exemplo, y de que demos una semejante alegria al Cielo, y á la Iglesia? No honraremos la gracia de Jesu-Christo, como la Samaritana la honró? Las dulces continuadas llamadas que hace á vuestras almas, el que tan de veras ama nuestra salud, serán toda la vida esteriles, é infructuosas por nuestra apostada resistencia! Há! amados oyentes míos, guardaos mucho, temiendo si alguno falta á la gracia de Dios! *Contemplantes, ne quis desit gratie Dei.* San Pablo daba este importante aviso á los primeros fieles. Atended por vuestra vida á sus palabras. No dice que la gracia nos falte; lo que teme es, que nosotros faltemos: *Nequis desit gratie Dei.* No pensaba, que la gracia nos necesitasse, puesto que temia que nosotros faltassemos á la gracia: *Nequis desit gratie.* Theologia del Apóstol, Theologia muy diferente de los errantes de estos tiempos.

Si la gracia, Christianos oyentes, os faltasse, tendriais escusa de no convertirvos, y de

ob

no

no mudar de vida ; yo mismo me veria def-
 tituido de palabras, con que reprehenderos,
 con que exhortaros. Puede seriamente man-
 darse á un muerto, que oiga, á un ciego,
 que vea, á un aprisionado, que corra, y re-
 prehenderlos por que no obedecen. Si la
 gracia os necesitáse, podríais descansada-
 mente esperarla dentro de vuestros desorde-
 nes, sin haceros fuerza alguna, sin trabajar
 en venceros sin ganancia alguna, seguros
 de que ella os convertirá siempre que venga.
 Yo mismo no tendria que deciros, sino que
 puesto que no os convertís, es visto que no
 ha llegado la gracia. *Porque ved á las terribles consequen-
 cias, que para la vida moral se siguen de tales
 principios erroneos, dados por unos hombres
 que se venden por reformadores, y que gi-
 men sobre la relaxacion de las costumbres.
 Ya há buen tiempo, que un sabio Theolo-
 go desafiaba á todo el mundo á responder
 algo sólido, y razonable á un malvado, que
 afianzandose en estos dos principios, funda
 supuesta su verdad, su horroroso desorden, y*
 or de-

demuestra que el puede ser infeliz, mas que
 no debe darse por culpado. No es esto mismo
 á la letra lo que vemos concluir, y poner en
 práctica el abominable quietismo, á quien
 estas funestas opiniones dieron el ser.

Por una parte la gracia jamás os falta,
 por otra de vos depende el seguirla; qué hay,
 pues, que delante de Dios pueda disculparos?
 Podeis dexar de condenaros á vosotros mis-
 mos, si os manteneis en vuestro pecado? El
 Señor os llama, tiende su mano, os sigue,
 os estrecha: yá lo haveis visto en la Samarita-
 na, y para no hablar mas de ella, vosotros
 lo sentis, lo experimentais largo tiempo há,
 y dilatais todos los dias. Reusais recibir el
 don que os ofrece. A quién atribuireis, pues,
 las desventuras, que están para caer sobre
 vosotros, sino á vuestra inflexible, y vo-
 luntaria adhesion al mal? Há! Christianos
 oyentes, consintamos quanto antes en nues-
 tra dicha, aprovechemonos de las miseri-
 cordias de nuestro Dueño, abramos nues-
 tros corazones á sus inspiraciones; la gracia
 nos convertirá, nos santificará, será en no-

fontes un manantial de mas, y mas gracias,
y para acabar por donde comencé, ella será
una fuente que nos eleve hasta la vida eter-
na: *Fiet in eo fons aque salientis in vitam eter-*

nam. Esta es la dicha que yo os desco,
en el nombre del Padre, del Hi-
jo, y del Espíritu Santo.



SER-

S E R M O N
SOBRE
LA COMUNION PASQUAL

*Ut appropinquavit videns Civitatem flevit super
illam.*

Luego que estuvo cerca, mirando à la
Ciudad, lloró sobre ella.

QUE espectáculo tan nunca visto! Llan-
to en medio de un triunfo! Y por
qué llorais, Salvador mio, quando à
vuestro arribo rompe un público regocijo, y
se os hace un recibimiento tan solemne? El
hombre, dice el Profeta, no vé mas que lo
que aparece, sobre apariencias forma su jui-
cio; pero la vista penetrante del que nos crió,
añade San Pablo, fondéa lo mas recondito
de nosotros, hace anatomía del espíritu, y

Hh 2

del